

# La Venta de Vargas

En la Venta de Vargas hay un cuerpo en delirio,  
rubia de otoño la muchacha danza  
y la lumbre del vino inventa telarañas de estrellas descendidas.

La muchacha rubia de caderas de humo,  
la muchacha rubia de cintura de agua,  
de pechos de copas de vino quemado  
sembrando en el aire la flor de la danza;  
la muchacha rubia levanta los pechos  
y el gitano cojo de altura de caña quebrada  
eleva su cuerpo y queda en el aire su leve silueta de azul telaraña.

Parecía un sapo el otro gitano,  
el gitano gordo de la cara ancha, de las piernas cortas y barriga baja;  
parecía un ángel el gitano gordo cuando le clavaban cuerdas de guitarras  
y sus piernas cortas eran como alas subiendo en el ritmo loco de las palmas.

El otro gitano tenía la cara de un muñeco roto  
pero su garganta era como un vaso preñado de abejas  
y un largo gemido de manos sedientas tocaban cinturas que se deshojaban.

Cádiz a lo lejos dormido en la arena.

San Fernando azul tendía sus redes de sal y guitarras.

MANUEL PACHECO

De mi libro inédito «LAS PALABRAS SUELTAS».

# Zurbarán en el Casón del Buen Retiro



HACE sesenta años que Madrid no veía a Zurbarán en exposición, desde Mayo de 1905, cuando se hizo la primera nacional de sus cuadros. Luego, en 1953, otra en Granada; en la primavera de este 1964 es Sevilla, en la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Hoy, celebrando el tercer centenario de su muerte, Zurbarán vuelve a estar de moda. Porque antes de ahora los gustos estéticos iban por distintos caminos. Zurbarán era casi desconocido entre nosotros. Únicamente el Museo de Bellas Artes de Cádiz, y la Sacristía del Monasterio de Guadalupe, en presente permanencia, sabían hablar de Zurbarán. Pues incluso, el del Prado tenía en olvido sus diez cuadros de la serie «Trabajos de Hércules», y el de «Defensa de Cádiz contra los ingleses», muchos años encarcelados en los sótanos —luego de haber tenido sitios preferentes hasta primeros de siglo—, mientras arriba, en diversas Salas, aparecían colgados los de San Francisco de Asís, Santa Casilda y San Pedro Nolasco. Algo es algo, ya el catálogo de 1963 registra veintidós zurbaranes.

Pero lo bueno siempre es eterno. Hoy hablan los críticos de su modernidad permanente, como Gregorio Prieto, el paladín incansable de nuestros días; y Lafuente Ferrari, de que es el último descubrimiento del mundo internacional. Para él se ha abierto ahora el Casón del Buen Retiro, el Museo del Prado le dedicará una Sala y, lo que es más importante, las escuelas modernas le reconocen como el pintor de todos los tiempos.

Francisco de Zurbarán era extremeño, lo cual quiere decir sencillo y religioso. Por ser sencillo jamás se exhibió en palacios y cortes, en festejos; ni fue ostentoso, teatral ni vanidoso. Siendo de ferviente religión, sus pinceles iban siempre de la mano de Dios. Cuando alguien se preguntó el por qué de tanto tiempo ignorado, la explicación brota sin titubeos: porque trabajando en silencio, recatado, lejos del mundanal ruido, nunca quiso hablar de sí más que lo que hablase por sí misma su pintura; y porque sus cuadros representaban el ideal hecho vida, al alma eterna en cuerpos de barro, santos y vírgenes, flores y frutos de la naturaleza, en vez de sacar a escenas mujeres desnudas al estilo de algunos famosos.

Pero ésta no es bastante explicación. Zurbarán tiene algo más. Tiene algo de los otros y mucho propio. Es curioso conocer las confusiones sufridas por buenos críticos hablando de su arte. Así, pri-